

CARLOS GARCÍA MIRANDA

EL CLUB DE LOS
LECTORES
CRIMINALES

CROSS
BOOKS

**Leer sus libros es terrorífico.
Vivir sus historias es mortal.**

CARLOS GARCÍA MIRANDA

**EL CLUB DE LOS
LECTORES
CRIMINALES**



Crossbooks, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Carlos García Miranda, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19464-4
Depósito legal: B. 6.901-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ángela leyó en voz alta la última línea de *It*, la novela de Stephen King. Cerró el libro y miró la imagen de la cubierta. Ese payaso, de ojos amarillos y sonrisa sangrienta, le parecía más terrorífico que nunca.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Nando, su novio desde hacía ya tres meses.

—Definitivamente, odio las novelas de terror.

Dejó de estar recostada sobre Nando y se puso la cazadora vaquera. Ni aun así se sacó de dentro el escalofrío que le recorría el cuerpo. Era por el miedo, pero también porque estaba acabando la tarde que habían pasado en el césped que rodeaba la Facultad de Filología. Ángela estudiaba allí, en la Universidad Complutense de Madrid, o la UCM, como la llamaban todos. Sus edificios eran viejos y estaban descuidados, aunque eso le otorgaba la fama de universidad con tradición histórica y encanto. Lo último, en realidad, dependía de la hora. Por la mañana, la avenida Complutense, que distribuía las facultades, estaba llena de estudiantes y resplandecía. Cuando se encendían las farolas, la Ciudad Universitaria se convertía en un lugar solitario en el que los árboles eran tan frondosos como en un bosque oscuro.

—Pues a mí me ha gustado —le dijo Nando, incorporándose también—. ¿Sabes qué parte ha sido mi favorita? Leerla contigo.

Habían leído la novela durante días. En voz alta, pasándose el libro de una mano a otra a cada capítulo.

—Esa también ha sido la mía. Sobre todo porque así no tenía que mirar por encima del hombro a cada párrafo por si un payaso estaba a punto de matarme...

—Ya sabes que este ha sido mi primer libro de miedo, pero me da que conseguir que te asustes es justo la gracia.

—¡Pues yo no se la veo! ¿Qué sentido tiene pasarlo mal leyendo?

—¿Mal? ¡Pero si pasar miedo es divertido! Me chiflan todas esas pelis de institutos en las que un pirado con máscara se los va cargando a todos.

—Esas películas son todas iguales, Nando. Un loco se dedica a matar a un grupo de chavales que montan una fiesta para celebrar que hay un asesino que quiere cargárselos en lugar de ir a la policía. El terror siempre es un topicazo detrás de otro.

—¿Y no será que lo que pasa es que tengo una novia miedosa? —le dijo Nando a Ángela mientras la abrazaba por la espalda para que aún no se levantara.

Se besaron, hasta que Nando le dijo:

—Supongo que después de haber leído este tocho estarás lo suficientemente asustada como para que me cuele esta noche en tu habitación de la residencia...

—No se puede tener más morro —bromeó para no tener que hablarlo en serio.

Hacía semanas que se habían dicho el primer te quiero, pero aún no había dado ese paso en su relación. El sexo era otro de los miedos de Ángela, aunque a cada beso iba superándolo.

—Deberían expulsarte de la universidad por escándalo público, Angelita... —La broma se la hizo Sara, que llegaba caminando por el jardín de la facultad.

Eran compañeras de clase, sus habitaciones estaban puerta con puerta en la residencia y se habían hecho grandes amigas, a pesar de que Sara era más de pelo rizado y faldas y Án-

gela de coleta y vaqueros. Sara era de salir toda la noche y su amiga de dejarse la copa a medias y escaparse a leer en la cama. Sara quería ser actriz, solo estudiaba Literatura porque le pidieron un cinco para entrar, y Ángela amaba los libros tanto como para querer ser escritora, aunque siempre dijera que no tenía nada que contar.

—¿Lista para el club de lectura de Stephen King? —le pregunto Ángela poniéndose al fin en pie.

Por eso habían leído *It*. El club lo había montado Sebas, compañero de clase y mejor amigo de Ángela. Lo era porque nadie sabía tanto de libros como él, y era capaz de contagiarle su entusiasmo hasta por Stephen King, un autor que ocupaba los últimos puestos en la montaña de las lecturas de Ángela. En un principio ella rechazó unirse a las reuniones, pero Nando la convenció. Era algo que podrían hacer juntos porque no hacía falta estar matriculado en el grado de Literatura para asistir. Así él sentiría por unas horas que era un estudiante más, y no un chico que había tenido que ponerse a trabajar en Campus, el bar que quedaba justo enfrente de la residencia, para salir adelante. Allí había conocido a Ángela. Ella le había pedido una cerveza, Nando se la había puesto y le había dicho que se tomaran otra juntos cuando terminara el turno. Justo lo que todas esas chicas que revoloteaban alrededor de la barra esperaban que les pidiera se lo había dicho a ella, que no llevaba ni pintalabios. Quedaron, pero no fue al terminar su turno. Se vieron un domingo; después, un martes por la tarde fue a buscarla a clase, luego un jueves, un sábado... Los días se habían sumado hasta llegar a uno en el que iban de la mano hacia un club de lectura.

—No me puedo creer que me hayas convencido para ir a clase cuando no me toca —le dijo Sara a Ángela mientras caminaban hacia la facultad.

—Me escribiste un whatsapp diciéndome que esta tarde no querías pensar en Rai. No se me ocurre nada más alejado de él que un club de lectura...

—¿No van bien las cosas con Rai? —le preguntó Nando mientras se ponía la cazadora de cuero. En realidad, ya lo sabía porque Ángela se lo había contado.

Rai era el novio de Sara. También estudiaba en la Complutense, Económicas, aunque no tenía ninguna prisa en terminar el grado. Estaba haciendo tiempo hasta que sus padres asumieran que era un niño rico al que le gustaba ir de fiesta, estar colocado y meterse en líos. La noche anterior se metió en uno. En Campus, borracho, montándola con unos y besándose con una que no era Sara. Eso era lo que le había llegado.

—Tú estabas anoche en el bar trabajando. Lo viste todo, ¿verdad?

Sí, lo había visto, aunque no se lo dijo.

—Da igual, no hace falta que me lo cuentes. Se acabó, no quiero saber nada de Rai. Ha estado llamándome todo el día y solo he descolgado para decirle que se perdiera con la tía de anoche.

—Eso ya te lo he escuchado antes, Sara —le dijo Ángela, que deseaba que, por una vez, fuera verdad.

Sabía que los cuernos eran lo de menos. Sara también se los había puesto a él porque «fiel» no era el apellido de ninguno de los dos. El verdadero problema para Ángela era que Rai le parecía violento. Había visto a la pareja discutir y le asustaba cómo se gritaban. A pesar de eso, o quizá por eso, Sara parecía estar enganchada a él.

—Me alegro de que hayas decidido romper con Rai. Te mereces a un chico que te trate como la estrella que vas a ser. ¿Seguirás hablándonos cuando firmes autógrafos?

Eso se lo dijo Nando a Sara, guiñándole un ojo, y consiguió que ella sonriera.

Entraron en la facultad, un edificio de ladrillo naranja y cristales descuidados. Por dentro, el suelo de mármol había perdido el brillo, igual que el blanco de las paredes. El hall estaba coronado por una estatua de hierro del Quijote. Arrodi-

llado sobre una roca, apuntaba con la espada afilada al cielo. Alrededor de la estatua ascendía la escalera de la facultad, como si fuera un caracol ancho. Antes de llegar a los primeros peldaños, Ángela, Sara y Nando se encontraron con Roberto, el bedel de la facultad, un hombre de mirada oscura, sucia como la ropa que siempre llevaba, y que nunca saludaba. Toqueteaba el cuadro eléctrico, maldiciendo entre dientes porque la luz de todo el aulario parecía ir y venir desde hacía días. Los edificios viejos son así.

Ángela, Nando y Sara no se cruzaron con nadie más. A esas horas ya apenas quedaban estudiantes por allí. Dejaron atrás la escalera al llegar a la segunda planta. Tomaron un pasillo que era como todos los del edificio: largo y con puertas a los lados. Sara agarró a Ángela del brazo para que echaran el freno y que Nando, distraído con el móvil, ganara unos pasos.

—Venga, ¿cuál es el fallo? —le preguntó en voz baja.

—No sé a qué te refieres —le respondió Ángela desconcertada.

—¡Tu novio! Es simpático, atractivo en plan chico torturado, tiene moto, es un encanto con tus amigas... ¡Algún defecto tendrá! Es un desastre en la cama, ¿es eso?

—Te juro que no se me ocurre ningún fallo —le aseguró Ángela, riéndose, aunque Sara ya sabía que ella aún era virgen.

—Por mi experiencia con los chicos, que, no te ofendas, es mucho mayor que la tuya, todos los tíos tienen algún fallo. Cuando tarda en asomar es porque es uno bien gordo que se han encargado convenientemente de ocultar...

Ángela cabeceó con una sonrisa, ocultando que sabía que había algo de envidia en las palabras de Sara. Ese sentimiento siempre flotaba entre ellas, aunque ninguna lo nombrara. Ángela tenía la sensación de que a Sara le molestaba que ella fuera tan perfecta como siempre le decía. Solo era una percepción de su amiga. En realidad, Ángela se consideraba todo lo contrario.

Dio un par de pasos rápidos para alcanzar a su novio y entraron de la mano en el aula 237. De paredes amarilleadas por el paso del tiempo y luz dura de los fluorescentes incrustados en el techo, la clase era pequeña, aunque parecía demasiado grande para los que se habían apuntado al club de lectura. Sebas los recibió en la puerta, con las gafas de pasta, el pelo castaño que le caía por la frente y su sempiterna sonrisa.

—¡Ángela, me alegro de que hayas venido!

—Oye, que nosotros también estamos aquí —le soltó Sara, que llevaba mal no ser la protagonista.

—Gracias por venir, Sara, aunque estoy casi seguro de que no te has leído el libro... Tú debes de ser Nando —le dijo Sebas estirando la mano y aún más la sonrisa—. El famoso novio de Ángela.

—No sé si soy famoso, pero sí soy su novio —le dijo, estrechándole la mano con fuerza—. Y sí, me he leído el libro.

Nando miró a Ángela, que le pedía con los ojos que fuera amable. Se lo pedía porque sabía que a su novio, aunque no lo conocía, no le gustaba Sebas. Era imposible que no le cayera bien porque su amigo era de esos que a cualquiera le parecía simpático. El problema era que su novio estaba convencido de que ese chico iba detrás de ella, por mucho que Ángela le dijera que eso era una tontería.

Mentía. Había algo más, pero no se lo había contado y esperaba que Sebas lo hubiera olvidado, igual que había hecho ella.

—No sé si deberíamos esperar a ver si viene alguien más o empezar ya —dijo Sebas—. Es la hora...

Se lo notaba apurado porque la convocatoria del club de lectura, que llevaba semanas anunciado con carteles por los corchos de la facultad, no había sido precisamente un éxito. Junto a los recién llegados solo habría tres estudiantes más en el aula 237.

Uno de ellos era Koldo, que también estudiaba el grado de Literatura, aunque le echaba muchas menos horas a los apun-

tes que a su canal de YouTube. Hacía videorreseñas de libros y cualquier cosa que fuera necesaria para aumentar su fama como *booktuber*; le encantaba sentir que era alguien en las redes sociales, aunque sus seguidores solo se contaran por cientos. Quizá no conseguía aumentarlos porque era de esos que siempre hablan mucho, pero solo se escuchan a sí mismos.

Virginia era otra de las que estaba en la clase 237. Siempre con esa mirada inquietante, apenas hablaba, aunque todos sabían quién era porque se pasaba las horas fumando porros en los jardines de la facultad. Era buena escribiendo, tanto que había ganado el concurso de relatos de la universidad con una historia de terror. Llevaba un cuaderno negro en el que tomaba notas con letra muy pequeña, ocupando hasta los márgenes de las páginas. Por eso todos la señalaban diciendo que era la porrera de la facultad. Muchos también la llamaban «la loca».

En el club también estaba otra de las señaladas por los pasillos, Eva, aunque a ella la criticaban por ser una borde. Era esa del pelo negro rizado que soltaba frases afiladas sin importarle cómo se recibían. Hacer amigos no era algo que le interesara, iba sola por la vida. A pesar de eso, Ángela la saludó al entrar. Eva no era del primer curso, como el resto, pero trabajaba de becaria en la biblioteca de la facultad y Ángela pasaba allí cientos de horas. Además, la conocía de las redes, desde hacía tiempo. Eva tenía un blog llamado Mery Read en el que escribía sobre libros, igual que Ángela en el suyo, aunque hacía ya mucho tiempo de aquello.

—Bueno, pues creo que ya estamos todos... ¡Bienvenidos al club de Stephen King! —dijo Sebas con entusiasmo.

La luz de los fluorescentes tembló.

—Dime que esto estaba preparado —dijo Nando, riéndose.

En cambio, a Ángela la asustó.

Todos traían sus ejemplares de *It*, el primero de los libros de los muchos de Stephen King que iban a leer. Se habían sentado en sillas formando un reloj en el que Sebas marcaba las

doce. Traía un guion con todo lo que tenían que comentar, pero, antes de que pudieran empezar a seguirlo, la puerta del aula volvió a abrirse. La mayor sorpresa de todas se la llevó Sara.

—¿Qué coño haces aquí? —le preguntó a Rai.

—Apuntarme al club de lectura este.

Rai se sentó en la silla vacía que quedaba al lado de Virginia. Puso cara de sorpresa al sentir la peste que siempre acompañaba a la chica.

—¿Vienes de un submarino? —le preguntó, creyendo que era a marihuana. En realidad, olía a azufre.

—Pero ¿cómo sabías que estaría aquí? Me has seguido, Rai. Eso se llama acoso.

—Más quisieras tú que te acosara. No seas plasta, he venido porque me encanta el libro este...

Rai le quitó la novela a Virginia. El modo en el que lo miraba dejaba claro que era la primera vez que lo veía. A Rai no le interesaban los libros, ni lo más mínimo. Sara sí, mucho. La primera vez que la vio por la Complutense pensó que tenía que ser suya. La segunda vez, lo fue. La tercera se dio cuenta de que, en realidad, Sara nunca le pertenecería. Era como él, igual de peligrosa.

—Stephen King —leyó Rai en la cubierta—. ¡Coño, si a este lo conozco! Es el pirado que hizo la peli de *El resplandor*.

—La peli es de Kubric. En realidad, la novela se escribió tres años antes, en el setenta y siete —le explicó Sebas, con el entusiasmo con el que hablaba siempre.

—Vale, lo que tú digas —lo cortó Rai, que ya estaba centrado en retar con la mirada a Sara.

—Rai, lárgate, que esto va de leer y esa no es precisamente tu especialidad —le dijo la chica, con condescendencia—. Se te da mucho mejor meterle mano a zorras como la de anoche.

—¿Anoche? No recuerdo que anoche quedáramos...

—Oye, compraos un látigo y unas esposas e id a daros caña a otro lado —les soltó Eva harta—. ¿Podemos empezar de una vez?

Y el club de lectura empezó. Siguieron el guion de Sebas y hablaron de Stephen King, de *It* y de la literatura de terror. Ángela miraba a Nando cada poco, esperando que hablara. Sabía que le costaría integrarse, pero lo estaba haciendo menos de lo que esperaba. Él intentaba disimularlo con una sonrisa, pero lo que le ocurría era que estaba sufriendo un ataque de celos. Su novia y Sebas parecían hablar el mismo lenguaje, uno del que él solo conocía unas cuantas palabras.

—Está claro que Stephen King es un escritor como la copa de un pino, pero yo no consigo conectar con sus historias —confesaba Ángela—. Te juro que lo he intentado, Sebas, pero el terror no es lo mío.

—A mí me gusta este género. Te hace comprender que no estamos a salvo.

El comentario lo hizo Virginia. El resto del grupo cruzó una mirada que dejaba claro que quizá sí que fuera cierto que esa chica tenía problemas mentales.

—Es increíble que cuestiones a un autor como Stephen King, que tiene, no sé, tropecientos libros —le soltó Koldo a Ángela sin ocultar la antipatía que sentía por ella, quizá solo porque no estaba en el grupo de las que lo idolatraban por ser *booktuber*—. Igual lo tuyo es más Federico Moccia.

—Tienes que reconocer que escribir terror no es nada fácil —le pidió Sebas a Ángela—. En las librerías, King ocupa casi por completo el estante de ese género porque la mayoría de los que se ponen con una novela de ese rollo fracasan en el intento. Además, *It* consiguió algo único.

Sebas miró a sus compañeros, como esperando la respuesta que, al final, dio él:

—¡El payaso asesino! Es imposible pensar en ese disfraz sin recordar a Pennywise, el malo de *It*. Los casos de coulrofobia se dispararon tras la publicación del libro.

—¿Coulrofobia? ¿Qué es eso? —preguntó Ángela.

—Miedo a los payasos —dijo Virginia. Lo hizo con una sonrisa.

—Hay gente que tiene ataques de ansiedad solo con ver un globo. No pueden soportar a los payasos, les tienen pánico. Por eso todo lo que rodea a *It* es tan mítico. Ayudó a que la coulrofobia se extendiera —añadió Sebas.

Ángela se frotó las manos como si estuviera estrujando una pastilla de jabón. Eso era lo que hacía siempre que tenía miedo, le salía de forma automática. En silencio, se preguntaba si ella no tendría esa enfermedad. Había leído esa novela con el vello erizado al imaginar al payaso.

—Un momento, ¿en el libro este sale el payaso de YouTube? —pregunto Rai, que parecía haber aterrizado de pronto en el debate del club—. El de los vídeos esos, que lleva un martillo gigante y se dedica a acojonar a la gente. ¡Son la leche!

Virales de redes sociales protagonizados por un payaso asesino armado con un martillo gigante, un hacha o un cuchillo. En los más populares, el payaso atacaba a un muñeco relleno de sangre que salpicaba lo suficiente para que los que se encontraban con el crimen, las víctimas de la broma, salieran corriendo. Ocurría en una calle oscura, en un parque infantil, en un pasadizo bajo la autopista o en cualquier lugar que recordara al escenario de una película de terror. Los vídeos de los payasos asesinos acumulaban millones de visitas y el miedo que provocaban había traspasado las pantallas. Las noticias contaban que en algunos colegios se habían prohibido los disfraces de payaso para evitar ataques de pánico. En Alemania, un chico vestido de Pennywise había muerto después de que otro creyera que quería matarlo. Todo eso les contó Rai a los del club.

—Hay un montón de cuentas en Instagram de payasos asesinos. Suben fotos y vídeos que hacen que se te pongan los huevos de corbata —dijo buscando una de las fotos en el móvil.

Se lo pasó al resto para que lo vieran. Ángela solo lo hizo unos segundos, pero fueron suficientes para que se le quedaran grabados en las pupilas los colores chillones de los pompones, la nariz roja, el martillo gigante y, sobre todo, la sangre. Manchas por todo el traje. El payaso miraba a cámara con

su sonrisa de dientes negros afilados. Era solo una careta de plástico, pero a ella le helaba la sangre.

—No le veo la gracia, la verdad —dijo Ángela—. ¿Provocar infartos es divertido?

—¡Esto sí que da miedo y no el libro! —exclamó Nando al ver uno de los vídeos que Rai puso.

—Hombre, el vídeo tiene un millón de visitas, pero me da que este libro se ha vendido bastante más —dijo Sebas.

A Nando lo molestó el comentario porque le pareció un ataque, pero se mordió la lengua.

—Se pueden haber vendido los libros que quieras, pero leer no acojona tanto como ver una película de terror —insistió Rai—. Vamos, ni de coña.

Se formaron dos bandos. Rai, Sara y Nando eran partidarios del miedo en imágenes, frente a Eva, Sebas y Ángela, que preferían las letras (Virginia no se colocó en ninguno de ellos, aunque dijo, sonriendo, que ambas cosas podrían ser terroríficas). Unos y otros decían que si un libro está bien, pero no es lo mismo.

Aparentemente sin intención de ofender, Sebas dijo:

—Tú escribe un cuentito de terror y yo hago un vídeo, a ver quién gana más seguidores en redes. Quizá no tengáis tanta imaginación y por eso con vosotros no funciona la literatura de terror.

—Y quizá a ti te faltarán un par de dientes como me toques los huevos —le soltó Rai.

—¿Por qué no pasamos al siguiente punto? —le pidió Ángela a Sebas al ver el tono que había adquirido el debate.

—Un momento. Yo quiero saber por qué Sebas dice que quizá nos falta imaginación —insistió Nando de malas.

—Bueno, solo digo que para leer hace falta esforzarse un poco más que para ver una película. Pero las dos cosas se pueden disfrutar, ¿no? —dijo Sebas apurado.

Pero Nando se levantó como si estuviera a punto de empezar una pelea.

—¿Por qué no dejas de insinuarlo y dices de una vez que te crees más listo que yo por haber leído todos esos libros?

—Pero es que no he dicho eso —respondió Sebas cortado.

—Nando, déjalo, por favor.

—Que lo deje tu amigo, Ángela... Ha empezado él.

—¡Ya está bien, Nando!

Ángela salió del aula, enfadada con su novio, que fue tras ella corriendo por el pasillo, pidiéndole que lo esperara. Consiguió alcanzarla en lo alto de la escalera.

—¡Ángela! Oye, perdóname, se me ha ido un poco la olla. Pero es que tu amigo estaba...

—Sebas no ha hecho nada. ¡El problema lo tienes tú con él, Nando!

—¡Vale, pues es problema mío! Lo siento. Siento no ser tan listo como Sebas, no haber leído tanto como él, ni poder tener esas conversaciones sobre literatura contigo. Siento ser solo camarero.

Ángela se detuvo, suspiró y se giró para mirar a su novio.

—Nando, esto no es una competición. Ni yo soy un trofeo. Y si me tratas como si lo fuera no voy a estar contigo. No soy ese tipo de chica, ¿de acuerdo?

Ahora el que suspiró fue Nando, que trató de arreglarlo.

—Lo sé. Perdona.

—Menudo idiota el gafotas ese... ¿Os venís a tomar una cerveza?

Lo propuso Rai, que había salido de la clase 237 con Sara.

—¿Vienes? —le pidió Sara a Ángela, como si aún no hubiera decidido que quería arreglar las cosas con Rai y necesitara que fuese con ellos para disimular un poco más.

—Tengo que ir al baño... Sola.

Eso último era lo que en realidad necesitaba. Estar sola unos segundos. A esa hora, ya de noche fuera, se encontró cerrada la puerta del baño del pasillo.

—El de los profesores está abierto, en la tercera planta —le dijo el bedel, que caminaba echando llaves.

Ángela le dio las gracias y subió una planta más, hasta la tercera. Al doblar la esquina, entró en un nuevo pasillo, el de los despachos de los profesores. Era más estrecho que los de las aulas. Se detuvo cuando las luces del techo empezaron a temblar, hasta que se apagaron.

—Genial...

Cambió el enfado que la había llevado a alejarse del grupo por miedo. En su mente empezaron a dibujarse payasos, risas diabólicas y la obsesión de que quizá padeciese coulrofobia. Le pasaba siempre que se ponía nerviosa, ese miedo a estar volviéndose loca que trae la ansiedad. Trató de quitarse los fantasmas de la cabeza y caminó los pasos que la separaban del cuarto de baño. No eran tantos, pero sí los suficientes para que la respiración se le acelerara. Entró en el cuarto de baño, donde, por suerte, la luz sí funcionaba. Se agachó frente al lavabo y se echó algo de agua por la cara.

—Tranquilízate, Ángela.

No lo consiguió porque vio a alguien tras ella, reflejado en el espejo.

Ángela gritó.